

# El Origen en la observancia del Domingo

Dr. Francisco Yost.

---

Puesto que el séptimo día de la semana, según las Escrituras, es sin duda alguna el sábado de Dios, ¿cómo se explica que tantos cristianos adoren a Dios en el primer día de la semana y lo llamen el día del Señor? La explicación es que lo hacen debido a la tradición.

No existe fundamento en las Escrituras para la observancia del domingo. Ningún escritor de la Biblia da importancia alguna al primer día de la semana. Nunca se habla de él como de un día santo. Los profetas nunca lo observaron como día del Señor. Ni Cristo ni los apóstoles lo consideraron sagrado. El primer día de la semana es mencionado en el Nuevo Testamento ocho veces; pero no existe mandato alguno para que ese día sea observado como día de guardar. En cinco casos, los pasajes describen la resurrección de Cristo. Otro texto, el de Juan 20: 19, nos dice que Jesús vino al aposento alto donde los discípulos se hallaban reunidos "*por miedo a los judíos*", y se mostró a ellos como una prueba de que había sido levantado de los muertos. Esta reunión ocurrió después de la puesta del sol del primer día de la semana, o sea domingo, que en el concepto judío era el comienzo del segundo día de la semana, o nuestro lunes.

En Hechos 20: 7 se presenta al apóstol San Pablo dirigiendo una reunión en el primer día de la semana. Siendo que las luces estaban prendidas, se trataba del sábado de noche o del domingo de noche. Si era el sábado de noche, se trataba de la parte nocturna del primer día de la semana, de acuerdo con el cómputo judío y, por lo tanto, corresponde a nuestro domingo. Si era domingo de noche, no era el primer día de la semana, según el cómputo judío, sino el comienzo de la parte oscura del segundo día de la semana, es decir del lunes. No importa cuándo haya sucedido; no se infiere del relato bíblico obligación alguna de guardar el domingo como día del Señor.

En 1 Corintios 16: 2, el apóstol San Pablo pide que todo cristiano "aparte en su casa" una ofrenda el primer día de la semana, o sea el domingo, para luego llevarla a Jerusalén a fin de ayudar a los judíos cristianos pobres de esa ciudad. Aun una lectura superficial de este versículo indica que San Pablo no se refería a una ofrenda pública, sino a un pedido que hacía en el sentido de que los cristianos dedicaran el primer día de la semana para calcular cuánto podían ahorrar, y apartaran la cantidad a medida que hacían los planes *en casa*, de manera que él pudiera reunir el dinero cuando los visitara. No se trata aquí de ninguna manera de instituir el domingo como día de culto.

La primera referencia que tenemos con respecto a la observancia del domingo por parte de los cristianos es una declaración hecha por Justino Mártir, alrededor del año 155 de nuestra era, al escribir al emperador romano Antonino Pío. Dice en su *Primera Apología*, capítulo 67: "En el día llamado domingo, todos los que viven en las ciudades o en el campo se reúnen en un lugar y se leen las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas, hasta donde el tiempo lo permite; luego, cuando el lector ha terminado, el presidente instruye verbalmente y exhorta a la imitación de estas buenas cosas... El domingo es el día en que todos nosotros realizamos nuestra asamblea común, porque fue el primer día cuando Dios, habiendo obrado un cambio en las tinieblas y en la materia, hizo el mundo; y Jesucristo nuestro Salvador resucitó de entre los muertos en el mismo día".

Aquí tenemos el primer día de la semana con un nombre derivado del paganismo, porque los astrólogos llamaban entonces primer día de la semana al día del sol. Por lo menos durante los primeros tres siglos de la historia cristiana, ningún escritor trató de sostener la observancia del domingo sobre la base de las Escrituras. Dichos escritores se

refieren a que Cristo resucitó el primer día de la semana, y dicen que guardaban el domingo por esa razón. Pero no pretenden tener autorización alguna de Cristo o de los apóstoles para la observancia del primer día de la semana. No se hace ninguna declaración semejante hasta después de los primeros tres siglos.

El apóstol San Juan recibió sus notables visiones del Apocalipsis en el día del Señor (Apocalipsis 1: 10) El sábado, séptimo día de la semana, es el verdadero día del Señor, porque "el Hijo del Hombre es Señor aún del sábado" (S. Marcos 2: 28).

No existe evidencia alguna de que el domingo fuera llamado día del Señor hasta unos cien años después de la muerte del apóstol San Juan. Todas las primeras referencias usadas para dar al domingo el título de "día del Señor" son o pervertidas o inciertas en su significado.

La más notable se relaciona con una fecha anterior. Un dirigente de la Iglesia de Antioquía, en Siria, llamado Ignacio, escribió una serie de cartas a las iglesias vecinas. No hay manera de saber cuántas cartas escribió en realidad y tampoco hay otra forma de saber si las copias existentes son auténticas. En una de estas cartas, llamada *Epístola a los Magnesios*, en el capítulo 9, se hace la tentativa de traducir una frase de manera tal que se denominaría al domingo, el día de la resurrección, "el día del Señor". Correctamente traducida la epístola habla de la *vida* del Señor; no dice nada acerca del *día* del Señor. La primera vez que la expresión "el día del Señor" se aplica claramente al domingo, ocurre en un *Evangelio de Pedro*, apócrifo, que no estuvo en uso en la iglesia sino hasta más o menos el año 180 de nuestra era. Ya en ese tiempo se lo consideró espurio. Sin embargo, desde entonces en adelante, Orígenes, Tertuliano y los escritores cristianos posteriores, adoptaron el término "día del Señor" y lo aplicaron al primer día de la semana.

¿Cómo puede explicarse esto? En primer lugar, la iglesia cristiana muy pronto llegó a sentirse incómoda en presencia de todo lo que fuera judío. El apóstol San Pablo tenía muchas dificultades con los judíos cristianos de su tiempo para conseguir que aceptaran que los gentiles cristianos ya no necesitaban practicar la circuncisión ni observar las leyes ceremoniales que los judíos continuaban practicando de acuerdo con el Antiguo Testamento. San Pablo estaba especialmente interesado en que la iglesia cristiana se liberara de todas las tradiciones judías que habían caducado.

Por otra parte, los judíos estaban produciendo constantes dificultades a los miembros de la naciente iglesia cristiana. Los perseguían dondequiera les fuera posible, como lo demuestra claramente el libro de Los Hechos y, cuando ellos mismos eran incapaces de causarles perjuicio, acudían al poder de las autoridades romanas.

Por otra parte, los judíos anhelaban siempre el día en que pudieran verse libres del yugo romano y repetidamente se levantaron contra Roma. Eso contribuía a que lo gozaran de la confianza de los romanos. Por lo tanto, los cristianos no deseaban ser identificados con ellos y, no sólo dejaron de practicar las ceremonias judías -lo cual, desde luego, debieran haber hecho-, sino que también comenzaron a referirse al santo día de Dios, el sábado, calificándolo de institución judía, preparándose de ese modo para dar la bienvenida a otro día que tomara su lugar.

Además, los dirigentes de la iglesia de Roma comenzaron a insistir muy pronto en que la resurrección de Cristo debía celebrarse anualmente en la iglesia y que esta celebración debía ocurrir siempre en el primer día de la semana. De esa manera, la observancia de la pascua llegó a constituir un punto de controversia, al principio suave, entre los dirigentes de la iglesia de Roma y los de las iglesias orientales, hacia el año 151 de nuestra era. En el oriente era costumbre que las iglesias recordaran la crucifixión de Cristo y esto, por supuesto, colocaba dicha celebración en el mismo momento en que ocurría la pascua judía. La iglesia occidental se resintió por eso, porque de esa manera los cristianos observaban como festivo el mismo día que los judíos estaban guardando.

Los sentimientos se enconaron de tal manera, que por el año 200 DC un obispo de Roma, llamado Víctor, intentó excomulgar a toda persona que no celebrara anualmente la resurrección en el primer día de la semana, como lo deseaba su iglesia. Algunos que querían observar la pascua se manifestaron en desacuerdo con ese obispo en su intención de excomulgar a sus opositores, e insistieron en que debía convencerlos por la persuasión. Ireneo, destacado dirigente de la iglesia de Galia y notable escritor cristiano, reprendió a Víctor por su tentativa de separar de la iglesia a los que no concordaban con él, aun cuando él mismo estaba aparentemente de acuerdo en celebrar el día de la resurrección anualmente en el primer día de la semana. (Véase: Eusebio, *Historia de la Iglesia*, libro 5, caps. 23-25, en *Los Padres Nicenos y Postnicenos*, segunda serie, tomo 1, págs. 241, 244.)

Los esfuerzos del obispo Víctor para celebrar la resurrección de ese modo, no fueron de ninguna manera el fin, sino más bien el comienzo de sus tentativas en ese sentido. La controversia relativa a la pascua continuó y fue una preocupación del Concilio de Nicea, el año 325 DC. Allí se decidió que el primer lugar la pascua debía celebrarse al comienzo de la primavera, después del equinoccio de invierno, en lugar de a mediados de esa estación, que era la modalidad judía. Y, en segundo lugar, que la pascua debía celebrarse siempre en domingo, eligiendo una fecha que evitara su coincidencia con la pascua judía. El emperador Constantino procedió entonces a poner en vigencia la observancia del domingo por medio de la fiesta de la pascua. (Véase la *Carta* de Constantino en "La Vida de Constantino", de Eusebio, libro 3, caps. 16-20, en *Los Padres Nicenos y Postnicenos*, segunda serie, tomo 1, págs. 524, 525)

Puede apreciarse entonces cuánto tuvo que ver el obispo de Roma con esta decisión, a la vez que se puede verificar la magnitud de su influencia, por una orden emitida en ese tiempo por Silvestre I en un concilio realizado en Roma en el mismo año del Concilio de Nicea:

"Exíjase de todos los obispos y presbíteros que observen la festividad de la pascua desde el décimo cuarto día hasta el vigésimo primero, de manera que *se destaque el día del Señor*" (Hardouin "*Acta Conciliorum*", tomo 1, columna 527). (Traducción y cursiva del autor.) Al mismo tiempo promulgó un edicto que, aun cuando especificaba que los días de la semana no debían ser designados con los nombres de los dioses paganos, ordenaba que el domingo fuera denominado "día del Señor". Esta información nos llega por intermedio de un escritor anglosajón, el Venerable Beda, en el capítulo 4 de su *Libro Concerniente a los Tiempos*.

"La semana consiste en siete días y el octavo día es el mismo que el primero, al cual la semana vuelve y en el cual comienza de nuevo. Los gentiles aplicaron a éstos nombres de planetas, intuyendo que tenían el alma del Sol, el cuerpo de la Luna, la sangre de Marte, la mentalidad y el habla de Mercurio, la moderación de Júpiter, la sensualidad de Venus y la lentitud de Saturno. Pero el santo Silvestre ordenó que fueran llamados días festivos [feriae] -llamando al primero, el día del Señor-, a imitación de lo que hacían los hebreos que los llamaron [a los días], el primer del sábado, el segundo del sábado, y así sucesivamente, los otros por número" (Migne, *Patrología Latina*, tomo 90, columna 281).

De esta manera, comenzó a observarse el domingo como día del Señor en sustitución del sábado establecido por Dios en su ley inmutable, y de la cual dijo Cristo que vino a guardarla para darnos ejemplo.